

## INTRODUCCIÓN

El periodismo surgió de una forma natural al dar carácter periódico a la divulgación de noticias y opiniones cuya emisión se ha producido regularmente en el transcurso de los tiempos. Noticias, cartas, relaciones, crónicas, diálogos, alegatos y ensayos contaban con una larga y fructífera historia antes de que sus formas fueran adaptadas, desarrolladas y fijadas tal como se presentan actualmente en los medios de difusión.

Con la expansión del periodismo informativo durante el siglo XIX llega la entrevista, que no irrumpe en la publicaciones españolas con brusquedad, sino que se va asentando tranquila y pausadamente. Se comprueba al cabo del tiempo que su arraigo es cada vez mayor y adopta múltiples variantes con amplia aceptación popular. Por lo general, los lectores gustan de conocer detalles de la intimidad o las opiniones ajenas y esta clase de texto indaga en la vida y el pensamiento de los demás.

«La curiosidad del público por las personas notables, lo que hoy llamamos “personalidades”, no se satisfizo con los informes indirectos —asegura Torrente Ballester—: quiso conocer sus palabras... ¡Ahí es nada, tener las palabras exactas de tal persona rutilante y remota, príncipe, dinamitero o cortesana!» (p. 8). La misma inquietud es compartida por los periodistas. «Siempre me he dejado arrastrar por el misterio y la curiosidad», dice Nativel Preciado para justificar su interés por las entrevistas. Pedro Rodríguez, por su parte, confiesa que se lanzó a esta actividad desde que empezó a sentir pasión por la gente: por eso disfrutaba preguntando «¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?».

Desde sus comienzos, pero también en el momento presente, la entrevista periodística mantiene una enorme deuda con la plática sencilla de las gentes que en su vida cotidiana inquieran, comentan y se interesan por la vida de los demás. Hizo fortuna la definición de un experimentado periodista para el que «una entrevista no es, ni más ni menos, que una conversación llevada a la letra impresa» (Arco 1960, p. 403). Así es, aunque es indispensable agregar que debe aparecer ante los lectores u oyentes como tal conversación, pues si no damos este paso se confundiría con la simple demanda de datos u opiniones que el periodista efectúa ante sus fuentes informativas.

Este intercambio conversacional a la búsqueda o complementación de la noticia y, en mayor o menor medida, del resto de los géneros informativos e interpretativos, es consustancial con los textos que aparecen o se divulgan a través de los medios de

comunicación. Pero sólo en la entrevista la conversación alcanza su plenitud al ser presentada de esta manera ante el público: las palabras de nuestro interlocutor son resaltadas y las respuestas a nuestras preguntas no aparecen, por lo general, resumidas, sino textuales, con señalamiento paralingüístico a través del guión que introduce la contestación literal o las comillas que abarcan el principio y fin de las palabras ajenas.

La base de la entrevista se encuentra, pues, en la conversación. No en el diálogo banal que a veces sólo sirve para mantener las formas y los ritos del contacto social, sino aquel que profundiza en los temas, ofrece información o desarrolla y comparte pensamientos entre los interlocutores.

A ello se refiere Cela en su libro de entrevistas: cuando el general Díez-Alegría se excusa con que «todo esto que le digo habría que meditarlo un poco, claro es, esto sólo vale en la conversación», la respuesta es confirmatoria: «Bueno, una conversación es lo que estamos teniendo» (p. 187). Para Mier-Carbonell (p. 28), la entrevista es un diálogo «que goza y sufre de los componentes de la conversación: preguntas y respuestas, afirmaciones y negaciones, coincidencias y divergencias, contradicciones y aclaraciones». «Hay que dominar el arte de la conversación», asegura Pedro Rodríguez cuando tiene que explicar la clave del éxito alcanzado en sus entrevistas. El diálogo que surge de estos presupuestos, hábilmente dirigido por el periodista, ofrece abundante materia para ser trasladado con éxito a los medios. Pero esa base que hallamos en la conversación se complementa con algunas notas que proceden del interrogatorio. No es lo uno ni lo otro, sino que manifiesta respecto a ellos una cierta dependencia de origen.

La conversación es un elemento de primer orden en la comunicación humana. Está considerada como un instrumento que las personas cultivamos para entrar en contacto con nuestros semejantes y, a través de ella, ofrecemos y demandamos información, damos y recibimos conocimientos, especulamos sobre cuestiones abstractas, manifestamos nuestros sentimientos y emociones, pasamos el tiempo y, en definitiva, salimos de nuestro yo y penetramos en el de los demás, generalmente a través de un sutil y mil veces ensayado trueque.

En una encuesta sobre la sociedad española, se pone de relieve el valor de la conversación entre los hábitos de nuestra vida diaria, al ser señalada por los consultados como el entretenimiento principal que ocupa su ocio. «Las actividades cotidianas que más se recuerdan son las que envuelven la relación con otras personas: la conversación propiamente dicha, el hablar por teléfono, tomar algo en el bar, reirse» (Amando de Miguel, p. 434): obsérvese que todos estos comportamientos implican dicho intercambio verbal, que se percibe omnipresente y placentero. Este mismo informe precisa que «se trata de una irresistible curiosidad por enterarse de lo que le ocurre al vecino, al prójimo, por meterse uno donde no le llaman. El alto precio popular que se concede a la conversación, la tertulia, procede de esa incansable fuente de curiosidad por los asuntos ajenos» (Ibídem).

El lenguaje hablado es, para el profesor Aranguren (1986), «el medio de comunicación por excelencia» (p. 96) y «la forma plenaria de comunicación a la que, en mayor o menor medida, se incorporan todas las demás» (p. 93). Para Borges, el diálogo

es «la mejor cosa que registra la historia universal». Explica así su advenimiento: «La fe, la certidumbre, los dogmas, los anatemas, las plegarias, las prohibiciones, las órdenes, los tabúes, las tiranías, las guerras y las glorias abrumaban el orbe; algunos griegos contrajeron, nunca sabremos cómo, la singular costumbre de conversar. Dudaron, persuadieron, disintieron, cambiaron de opinión, aplazaron... Sin esos pocos griegos conversadores la cultura occidental es inconcebible» (p. 7). Asegura Juan Cueto que «la filosofía surge como diálogo, la literatura logra su irrefutable momento en el juego novelístico de la conversación decimonónica y el periodismo supera su larga adolescencia cultural con el arte de la entrevista» y por eso aludirá luego a la «filosofía dialogante, novela conversacional, periodismo de entrevista» (Cf. Vicent, p. 5).

En el periodismo español del XVIII y del XIX se constata la presencia destacada de diálogos ficticios, herederos de aquellos de la época renacentista que se estudian en nuestro tiempo por su elevada calidad estética. Cuando llegan a la prensa van perdiendo el carácter literario para tomar una abierta inclinación hacia cuestiones políticas y sociales con un aire más coyuntural.

En la segunda mitad del siglo XIX se diluye tal concurrencia, al compás de la disminución de las publicaciones basadas en textos opinativos. Ha comenzado a introducirse primero y a consolidarse después la información en el periodismo y lo que importa en aquellos momentos es cuanto sucede en los ámbitos públicos y sociales, más lo tocante a los sucesos que la curiosidad de las gentes anhela conocer con acompañamiento de pormenores.

A esta tendencia que comenzaba a imponerse en nuestros periódicos le llegó en buena hora el aprovechamiento de los diálogos reales: se hablaba con un individuo que estuviera en el candelerero de la actualidad y se reproducían las palabras literales de la conversación. El lector se embebía de ellas, puesto que ya no se trataba de un resumen o una interpretación, como antes sucedía, sino de plantearle las cuestiones que preocupaban al conjunto de la sociedad y sonsacarle unas respuestas que eran trasladadas directamente al público.

Las primeras entrevistas que nos llegan son casi tan escuetas como las que ahora se nos ofrece en los telediarios, pero a medida que pasa el tiempo van tomando cuerpo y finura literaria. Vamos viendo cómo se rellenan de contenido y se acrecienta el buen gusto en la forma de presentarlas. Se afianza el género y aparecen hijuelas, algunas de ellas de persistente aceptación. Sin embargo, entre lectores y profesionales de los primeros momentos, abundan las ironías y desplantes hacia las entrevistas, porque con frecuencia lo nuevo es recibido con muecas o genera rechazos, que el tiempo se encarga de eliminar cuando se trata de productos cargados de auténtica fuerza.

No queremos entrar en detalles, porque todo lo que han aparecido en nuestra indagación figuran en las páginas que siguen. Es curioso asistir al nacimiento de un género periodístico que poco después se consolidará y que ahora está dotado de un considerable peso específico: sus cualidades le hacen gozar de un prestigio que no podían imaginar nuestros compañeros de hace más de un siglo. La situación actual es la consecuencia de un cultivo mantenido, al que se ha ido añadiendo la habilidad en el intercambio verbal y la creatividad en la escritura. Cuanto pudimos aportar sobre su realización se halla expuesto en nuestro *Manual de la entrevista periodística*: ahora nos

cabe la satisfacción de haber buceado en su desarrollo, aspecto al que menguada atención se le había dedicado hasta el presente. Las páginas que siguen son un homenaje a los pioneros y un reconocimiento a los maestros, junto con una invitación a los alevines para que no se dejen impresionar por lo conseguido y traten de superarlo.